

Hay escritores que aparentemente se salen de sí mismos para ponerse en contacto, a través de sus historias, con un aspecto de lo social, de lo político, de lo histórico o de lo mítico. Esto se aprecia de manera directa. Existen otros, como Sábato, que al proceder de la misma manera, se involucran evitando distanciarse, convirtiéndose sin disfraces en protagonistas, pero arrastrando las mismas pautas, momentáneamente disimuladas por el caos visceral, que no intentan extrañar. De tal manera, esa larga confesión que parece ser *Abaddón*, ni se diferencia en el fondo de las confesiones con ropaje objetivo de otros grandes escritores involucrados en forma distinta.

Sábato pertenece así a la galería de los grandes provocadores desnudos que, de Nietzsche a Lautréamont, pasando por Céline, Miller, Musil, Witkiewicz y otros (2), exponen su sangre a la par de su idea, enfrentando con igual desfachatez los muros concretos o el acoso de sus fantasmas.

Ese triste sentimiento que sólo los escritores pueden sufrir y que únicamente ellos pueden comprender, pensaba con amargura. Porque no basta con ser conocido (como un actor o un político) para experimentar ese matiz de desazón: es imprescindible ser autor de ficciones, alguien que es enjuiciado no sólo por lo que son juzgadas las personas públicas, sino por lo que los personajes de novela son o sugieren.

En este vértigo de extrañas culpas y altas misiones, de pasadizos y de bloques impenetrables, destaca un punto en común: el de la infancia, ese pequeño e incierto territorio donde no existe distanciamiento entre el hombre y el cosmos. Dije antes que al producirse la ruptura, arrojado a la relatividad de la existencia, el escritor suele mirar hacia atrás comprendiendo, en ocasiones demasiado tarde, que de todo lo que creía poseer queda la verdad de aquel instante fugaz de inocente fraternidad total. Por esa causa, el ciudadano Kane, pese a las innumerables propiedades, soportes de su poder, está consustanciado con una sola verdad inseparable: aquel trineo de madera construido por su abuelo. Kafka decía en sus *Diarios* que aquel que nos parece el más completo ciudadano, surcando el mar en un barco con espuma delante y una estela detrás, rodeado por un gran alboroto, ofrece una diferencia con aquel otro que está sobre las olas con su par de maderitas. Pero el primero no corre menos peligro, «porque él y su propiedad no son uno, sino dos, y quien destruye el

(2) Ultimamente he pensado también en Lovecraft, aunque en otro plano. El autor de *Los mitos de Cthulhu* apuntó que lo más piadoso del mundo es la incapacidad de la mente humana para relacionar todos sus contenidos. Pero esto es lo que intenta Sábato en *Abaddón*.

vínculo lo destruye también a él». Quizá por eso, los grandes buscadores de razones, en su insensata y maravillosa aventura, pese a las maderitas con que cuentan, arrasasen con todo; no queda piedra sobre piedra. Hay ansia de comprensión y ansia de meterse en lo incomprendible. En alguna parte debe estar el trineo. Buscarlo no constituye un plan de fuga, sino un enfrentamiento. ¿Quién lo ocultó y por qué?, y como todo el universo es el culpable, nada queda fuera de esta inquisición. El saldo es bastante amargo; no hay final feliz. Quizá sólo clarividencia, y eso puede resultar abrumador para los policías que guardan las sagradas puertas del cuartel con musiquita, allí donde se confeccionan los opios malolientes de la civilización optimista, donde ya no existe un mundo completo frente a un hombre concreto, sino, como diría Musil, un *algo* humano moviéndose en un común líquido nutritivo.

Tampoco el pesimismo de los clarividentes tiene algo en común con la negación esquizofrénica. El pesimista no niega; se resiste y escudriña. A veces, en *la forma*, parece nihilista, pero los más grandes, Sábato entre ellos, han sido, y seguirán siendo, los niños profetas del derrumbe y de las utopías.

4. LOS ABSOLUTOS PERDIDOS

¿Creés en los Reyes Magos?

Carlo Américo Salerno, apodado Carlucho, uno de los personajes más tiernos creados por Sábato, establece la primera utopía. Si el escritor ha dado vida a endemoniados, no es menos cierto que humaniza la existencia a través de personajes como éste. Casi dejan de ser personajes para convertirse en voz común, coral, algo desconcertada, de una nostalgia universal. También *lanarquismo* que evoca Carlucho es un absoluto.

El hombre no es malo y, si lo es momentáneamente, podría ser bueno. El mundo es grande, hay de todo y para todos; existe la posibilidad de una felicidad en la parquedad y la justicia. Carlucho es el sentido común en la escala más profunda. Otra vez la perplejidad del cochero de «Mateo» ante el taxi que no perdona; nuevamente esa verdad sin adornos en la boca de un sabio humilde. Y mientras alrededor del quiosco (que también es protector) ruge el mundo, el mate en la mano permanece como símbolo de una fidelidad (3). Añoranza de un

(3) No es el momento de hablar de esto, pero algún día habrá que escribir algo muy serio sobre el mate. Me refiero no sólo a sus implicancias psicológicas, sino metafísicas. No conozco nada equivalente en otros pueblos.

mundo que pudo ser. El *pudo* suena como la nota fatal. Un instante en que lo mejor del hombre se descuidó, pereciendo en el tumulto civilizado. No hay tratado de sociología que venga a explicar este quiebre; no hay rescate ni componenda; sólo estos testigos quejosos, los ojos llenos de añoranzas, silenciosos e impotentes testigos de lo mejor.

En este sentido, Carlucho está emparentado con don Amancio, abuelo de Marcelo, que evoca los modestos paraísos perdidos:

Pero sin embargo aquellos eran lindos tiempos... No había tanta ciencia pero había más bondad... Nadie tenía apuro... Matábamos el tiempo tomando mate y contemplando el atardecer desde la galería... No había tantas entretenciones como ahora, no había ni biógrafo ni televisión. Pero teníamos otras cosas lindas: los bautismos, la yerra, el santo de tal o cual...

No sé dónde leí que Sábato decía, hablando de Santos Lugares, que hasta en el Correo le fiaban. *Fiar...*, *tener fe...*, confiar. Se ha perdido esa pura manera de relacionarse sin dobleces. *Fiar...* en el almacén, en la tienda, en la farmacia... en el corazón de las gentes... La palabra define los últimos estertores de la convivencia humana argentina y universal. En todos los órdenes.

Carlo Américo Salerno representa a la «gente sencilla», en el sentido que le daba Gramsci: una filosofía del sentido común, donde destacan los rasgos difusos y dispersos de un pensamiento genérico de una cierta época en un cierto ambiente popular. A través de Carlucho, Sábato resume un pensamiento que está ligado a la simple vida práctica, otorgándole, detrás de la aparente candorosidad de la utopía salerniana, una coherencia y nervio notablemente compactos. La ironía: lo que dice Carlucho es *indiscutible*. No sólo abarca el pensamiento anarquista, sino el católico, el socialista, y todos los demás que quieran introducir los hombres de buena voluntad.

Algo ha liquidado cierta correspondencia entre las cosas y entre los hombres que existía en el pasado; algo irrumpió agotando las dotaciones de humanidad que alguna vez tuvimos. Al circo, por ejemplo, *lo mató el biógrafo*, medita Carlucho con cara triste. Decir *lo mató* es patético, sobre todo porque nada hay más nostálgico que un circo. Es un compendio de lo mejor del hombre. Bajo la lona se ríe en forma elemental; hay destreza, valentía, emociones compartidas, trabajo en equipo, hay magia. Por otro lado, sus animales: están allí mostrando su propio desarraigo, enseñando lo que son, pero haciéndonos lamentar su salvajismo domesticado. Todo esto acompañado de una música